

LA EDUCACION, UN ACTO ETICO DE AMOR

CARLOS ALBERTO CALDERÓN ALVAREZ

1- INTRODUCCION

El Colegio de altos estudios de Quirama, ha querido escoger para el trabajo de reflexión de este año en la realización del FAD, ¡la temática de la educación en hora buena por esta escogencia! Ella le permite no solamente ser fiel a sí mismo, a su vocación primigenia y entrañable de ser fecundador y partero de humanismo en nuestra sociedad, sino también, ser fiel a las urgencias de la realidad actual, a las “angustias y esperanzas” del hombre y de la mujer colombianos de este final de milenio.

El bloque dedicado en el FAD a la ética, coloca a cada uno de sus participantes de este año, en una búsqueda de reflexión sobre las tareas claves al ser humano, a la sociedad: la ética y la educación. Con todo el cariño que me merece el” FAD, no solamente por ni participación en algunas de sus secciones anteriores, sino sobre todo por su labor ‘profética’, pionera, de concientización del mundo profesional, de los hombres y mujeres de la ciencia, la administración, y la tecnología, quiero enviar mi modesto, pero sincero aporte a la sección de este año: aporte que esta marcado para el “lugar social” en el cual vivo ahora: el continente africano.

La ética normalmente ha sido considerada como un área de la educación; y ello está bien. Sin embargo, me parece que reducirla a ser simplemente una asignatura más del proyecto educativo, es empobrecer a ambas, a la ética y a la educación misma. Quisiera asumir en este aporte, una perspectiva de reflexión mucho más amplia, diríamos, más integradora, de allí la razón de ser de una parte de nuestro título, la educación, acto ético. Esto da a ambas, a la ética y a la educación una perspectiva especial y les abre horizontes insospechados. Asumir esta perspectiva integradora entre el acto educativo y el acto ético me parece de trascendental importancia, de manera especial de cara al debate ético que ha animado a nuestra sociedad colombiana en estos últimos años.

Nuestra pretensión no es ni mucho menos abordar de una manera sistemática y organizada toda esta temática con sus implicaciones; ello escapa a nuestras posibilidades actuales; otros lo sabrán hacer con competencia mayor. Nuestro deseo se inscribe en la línea de aportar elementos para la reflexión, para la discusión, para el debate; y sobre todo, ‘provocar’ en los participantes del FAD y en quienes serán beneficiados segundos de él (Familias, instituciones, empresas, universidades), un proceso de búsqueda y de descubrimiento de las implicaciones entre el mundo ético y el mundo educativo; de primera especial, sobre la ineludible responsabilidad que pesa sobre cada uno de nosotros para operar que la reflexión ético educativa sea mucho más que eso; es decir, que se convierta en un proyecto existencial personal e institucional desde el cual sepamos asumir nuestra condición de padres de familia, de esposos, de educadores, de profesionales o dirigentes.

2- LA EDUCACION UN ACTO ETICO

Nuestra reflexión quiere abordar en primer lugar la educación, entendida como un acto ético ella misma. Esta formulación, hecha así simplemente, nos llevaría a un trabajo mucho más estructural, más de carácter filosófico, el cual queremos dejar a un lado en este aporte. Y lo hacemos no por minimizar la importancia, de este trabajo de fundamentación filosófica, de comparación interna tanto de la ética como de la educación y sus implicaciones mutuas; lo hacemos porque creemos que de alguna manera se realiza en otros momentos del FAD); porque nuestro aporte se inscribe más en la línea de ‘provocar’ un acercamiento inmediato, diríamos, más dramático a la problemática.

a.- Educar Acto Ético familiar

Digámoslo de una vez y sin mayores premisas: la familia tiene un imperativo moral fundamental: educar.

Esta afirmación, que pareciera tan obvia y evidente, no lo es a la hora de la verdad. Uno de los aspectos de la crisis de la estructura familiar actual es precisamente este vacío educativo de la familia, esta ausencia de responsabilidad pedagógica, de conciencia formadora. Sin convertirnos en

“profetas de desgracias’ ni mucho menos en culpabilizadores ligeros de la estructura familiar si tenemos que constatar como ya lo han hecho muchos, esta renuncia en la familia a su responsabilidad educadora, a su papel formador, una renuncia que evidentemente tenemos que calificar, pues no es solamente una renuncia voluntaria”: lo es también obligada, exigida. No se puede desconocer que la familia, en el contexto de la realidad económica, política y cultural actual, está tan fuertemente golpeada, en buena parte su vacío educador, formador, está determinado por estas condiciones económicas, políticas y culturales de nuestra sociedad. Aquí habría que ubicar con claridad la responsabilidad del estado y sus instituciones pertinentes, en este “desbarajuste educativo familiar que presenta la sociedad colombiana.

Pero esta renuncia de la familia a asumir su papel educador, a convertirse en la matriz en la cual el niño asiste al maravilloso parto de la verdad de sí mismo, de la verdad del otro, de la verdad de la naturaleza (del ecosistema de la verdad de Dios, que es la educación, es también una renuncia “voluntaria. No podemos negar que muchos padres de familia, ya sea por una falsa comprensión de su papel paterno-materno ya sea por una decisión consciente de irresponsabilidad, o por otra comprensión claramente egocéntrica y utilitarista de la vida, han renunciado al sagrado deber de ser pedagogos, acompañamiento de sus hijos y de sus hijas en ese proceso de auto descubrimiento de su dignidad humana, de la de sus semejantes; en ese nacimiento a la verdad, al amor a la justicia, que es la educación. La familia, por esencia, por estructuración de sí misma tiene entonces un primer imperativo moral fundamental que es la educación

Si ella renuncia voluntariamente a esta responsabilidad y “ligación, estará labrando su propia tumba. Si permite que el estado, la economía, la política la institucionalidad social y cultural obstaculicen su dimensión educadora o no le brinden la condición necesaria para ejercerla, estará entonces labrando la tumba de la sociedad.

Es irresponsable este imperativo moral que la familia tiene en el proceso de desarrollo de las personas; y en la construcción del tejido social. Muy poco, por no decir nada, podrían hacer la escuela y las otras instituciones sociales ante el vacío de educación familiar con el cual llegan los niños y los

jóvenes, a estos dos espacios de crecimiento y socialización. Vale la pena que una vez más se insista en esta dimensión educadora de la familia y de cada uno de estos miembros, a pesar de la tal vez para muchos, reiterada saturación de escritos, foros, reflexiones que caracterizó el pasado año internacional de la familia. Algo quisiera aportar en esta perspectiva donde mi experiencia de casi un año de vida y de trabajo con este pueblo africano. Una de las sorprendentes riquezas con las que se encuentra uno al llegar a este continente, es precisamente el descubrimiento del sentido y de la valoración que se le da a la vida familiar. El proceso de modernización social, cultural y ecológica que viven los pueblos africanos a raíz de la descolonización reciente, parece no haber logrado hacer su impacto en la estructura familiar. Existe aquí un sentido fuerte de identidad, familiar garantizada de alguna manera por la misma estructura tribal de la sociedad, gota identidad familiar logra dar al individuo un sentido de pertenencia, de identificación muy visibles; sentido que talvez ha ido desapareciendo nuestra realidad, colombiana y latinoamericana, a raíz de la pérdida de identidad no solamente familiar sino sobre todo cultural que hemos vivido en lo últimos años; sentido de identidad que es decisivo no solamente para el proceso de estructuración psicológica que necesita todo ser humano sino también para su integración y este aporte a la sociedad. A en este sentido de pertenencia, a esta solidificación de la identificación personal y social, contribuye de manera grande todo el mundo simbólico religioso que acompaña la vida y el proceso humano de estos pueblos.

El mundo de los símbolos tiene una importancia radical para la cultura africana; aquí, los rituales, los símbolos, las celebraciones festivas, son creadores de identidad, asignadores de responsabilidades. Es este el sentido del ritual de la circuncisión, uno entre muchos en etnias como la Kipsiguis, la cual junto con la Maasai y la Samburu conozco un poco en donde la circuncisión es todo un proceso de concientización del individuo sobre su responsabilidad personal en la familia, en el clan, en la etnia, en la sociedad, la circuncisión, es un puro acto de iniciación no solamente a la fecundidad, a la vida sexual; es toda una experiencia educadora integral a los valores sobre tales, valores étnicos, religiosos, ecológicos.

Es como un noviciado, largo en algunas etnias, a partir del cual el adolescente descubre los valores de vivir en familia, de convivir en sociedad es una escuela de iniciación y conocimiento claro y abierto de su

dimensión sexual de “noviciado” que acompaña el ritual de la circuncisión, prepara al hombre y a la mujer para lanzarse a la lucha de la vida, no siempre fácil, a la cual ellos llegan de alguna manera “apertrechados” de un cúmulo de valores, de convicciones que le aporta este tiempo de preparación y de vivencia de la circuncisión. Impacta aquí en África la constatación de esta fuerza constitutiva de lo simbólico, de lo ritual; sobre todo cuando pienso en lo que va sucediendo en nuestra sociedad colombiana y en la cultura occidental en general, una sociedad y una cultura frías, lánguidas, que han eliminado casi totalmente los símbolos, los rituales y que a los pocos que ha dejado los va marcando inmisericordemente.

Este asesinato de lo ritual, de lo simbólico es grave especialmente de cara a ciertos rituales familiares que han ido desapareciendo entre nosotros.